

TESTIMONIO DE UNA VIVENCIA

Diomary Adames Figuerero
Escuela Santa María
Fe y Alegría República Dominicana
Julio 2022

NOTA INTRODUCTORIA

La autora nos comparte su propia vivencia de lucha y superación personal, como estudiante con discapacidad, en la Escuela Santa María-Fe y Alegría de República Dominicana, luego durante su formación universitaria y, hoy día, como Psicóloga Educativa en la escuela donde se formó, desarrollando procesos inclusivos con estudiantes que tienen necesidades educativas especiales, sus docentes y sus padres. La Escuela Santa María surgió hace más de 33 años con la misión de recibir a niños(as) del municipio de Cambita, Garabitos, que no podían ser escolarizados por tener una discapacidad física, intelectual o sensorial. Diomary narra cómo las hermanas de Santa María y voluntarios les atendían, su experiencia de superación personal y el trabajo que se realiza ahora en dicho centro.

*Desde sus cimientos, ha sido una Escuela Inclusiva, que me permitió el **DERECHO a la EDUCACION**. En aquel pequeño local se iniciaron las clases, fue algo maravilloso... ver otros niños y niñas con diferentes discapacidades. Yo no era la única... ¡que sorprendente tomar clases, cantar, jugar con ellos compartir una gran diversidad de juguetes!*

Lo linda que se veía el aula con los dibujos pegados a la pared y el caballito donde nos subíamos a galopar junto a nuestros sueños. Recuerdo que quería ser doctora para sanar a mis compañeros y sanarme a mí misma, creía que estaba enferma. Ni mis padres, ni yo sabíamos que era la polio, sus causas y las consecuencias de lo que me aquejaba, mucho menos... cómo tratar o lidiar con una hija con discapacidad física.

¡Qué extraordinario era todo aquello! Con las hermanas de Santa María y el grupo de voluntarios que nos apoyaban, ¡cambiaron toda mi vida!

Conocí la playa, me llevaban a comer, al acuario, a los juegos mecánicos, a la heladería, al faro de Colón, el jardín botánico, el zoológico... Por primera vez me celebraron un cumpleaños con un bizcocho, me pase casi un año hablando de eso. Me compraban ropa, juguetes, y me llevaron a diferentes médicos para ver si podían mejorar mi diagnóstico... pero no, los estudios confirmaron que sería usuaria de una silla de ruedas de por vida.

Aún con mis limitaciones físicas, me sentía como cualquier otra niña pues vivía y socializaba como una "niña normal", las otras actividades fortalecieron mi auto estima, amor propio y valor por la vida.

Pasó el tiempo y la escuela que antes era "la escuela de los mongólicos", como le llamaban de manera despectiva, paso a ser un centro que recibía a los y las estudiantes con discapacidad y estaba abierto a aquellos(as) que no tenían discapacidad. Los niños y niñas más inteligentes, talentosos, respetuosos y creativos eran egresados de este lugar, por lo que todas las familias que querían una buena educación para sus hijos e hijas, hacían largas filas para tratar de conseguir un espacio en nuestro centro.

Todas esas vivencias me ayudaron a madurar y me motivaron a ingresar a la universidad. Estudié Psicología Escolar. Esta fue una etapa donde aprendí a independizarme por completo, al tener que viajar a la ciudad sola y en ocasiones de noche. Lo peor no era eso, sino que tomaba clases en una cuarta planta y no había ascensor.

Hablé con la Decana de mi carrera y me dijo: "Diomary no sé como usted hará, pero yo no puedo cambiarla de sección cada cuatrimestre porque usted quiera"; me di la vuelta.... lloré, lloré mucho en el baño, entre sollozo y sollozo, pensé: ¡Esta señora y sus escalones no lograrán que yo abandone mis sueños de tener una carrera y la oportunidad de poder ayudar a mi familia!,... puse mi silla bajo la escalera y le puse cadenas para que no me la fueran a cambiar de lugar, y subí arrastrándome o gateando, que es como me traslado sin mi silla de ruedas.

Todos me miraban, murmuraban, algunos me ayudaban con el bulto de los cuadernos,... pues aquellos pasillos eran inmensos,... para mi eran infinitos... Me ensuciaba tanto que tenía que llevar otra ropa para ponérmela antes de regresar a mi casa y así la "guagua", que es el transporte público, no me dejara como me pasó en anteriores ocasiones por la silla de ruedas.

No me importaba como me veía, porque en la escuela me arrastraba con mis compañeros jugando y trabajando dentro y fuera del aula, no me molestaba que me miraran, había salido a muchos lugares y me acostumbré a que me miren, pregunten o incluso a que me rechacen. Sabía cómo lidiar con todo eso sin que me

afecte emocionalmente, es decir, además de alfabetizarme, socializaba, me ejercitaba, no tenía vergüenza o miedo de cómo me veía, pues “me amaba tal cual era yo”.

No caben dudas de que una escuela inclusiva, es “aquella que se preocupa y ocupa de todos y cada uno de sus estudiantes de forma equitativa, con amor, paciencia y confianza”.

Me gradué, fui a concurso, pasé y pedí trabajar en mi escuela. Aquí me encuentro trabajando como Psicóloga del Aula para la Inclusión educativa de 16 estudiantes con diferentes discapacidades y con dos maestras.

Este centro tiene su propio sello en cuanto a practica inclusiva como dije anteriormente. Nació de la inclusión y, por ende, somos empáticos, respetamos los derechos de los y las estudiantes, tenemos una cultura de respeto tan fuerte que los y las estudiantes en lugar de burlarse de los niños y niñas que tienen alguna condición, se turnan para ayudarlos a empujar la silla, o cuidar en el recreo a aquellos con alguna discapacidad sensorial. Concientizamos a las familias y a la comunidad en general sobre que es la discapacidad, causas y consecuencias a través de charlas, marchas, talleres.

Por otro lado, cuando los y las estudiantes del Aula para Inclusión han adquirido los conocimientos del lugar para integrarse a un aula regular, los(as) integramos y acompañamos en todo el proceso educativo, pero sobre todo con la aceptación y el buen trato de todos y cada uno de nuestros estudiantes.

Mi testimonio en este maravilloso trabajo es descubrir cómo aprenden nuestros(as) estudiantes con capacidades diferentes y tratar de brindarles, con las estrategias adecuadas, el aprendizaje de acuerdo a su necesidad. Además, concientizar a las familias sobre la condición de su hijo(a) y de cómo pueden ayudarles desde la casa en el proceso de aprendizaje, proporcionándoles un cuidado adecuado y el cariño y comprensión que los mismos ameritan. Por otra parte, estar pendiente de que cada niño(a) tenga su diagnóstico, que los padres puedan llevar a sus hijos(as) a sus respectivas citas médicas y traer al centro educativo las evidencias físicas de las mismas, apoyándolos emocionalmente y orientándolos hacia donde deben seguir, motivándolos, siempre con respeto y solidaridad.